

tro celestial y divino ha de escuchar si quiere aprender, como tiene obligación, sus sagrados deberes y el modo de cumplirlos.

A fin de que el sacerdote pueda cumplir debidamente con su sagrado ministerio, ha de procurar no estar ocioso y tener el tiempo bien empleado y distribuído en cuatro partes: la primera, en atender á las necesidades que tiene el cuerpo, y en cuanto á esto sólo le decimos que ande con cuidado, no se deje engañar fácilmente de ese mal esclavo que sólo desea comer y beber bien, holgar y poco trabajar; con él nos hemos de portar, dice san Bernardo, como uno que tiene una bestia, que le da el pienso para que le sirva y no para tenerla regalada, que quizás no querría llevar la carga, y aun tal vez nos tiraría coces.

El demás tiempo lo ha de dividir en tres objetos, en la oración, en el estudio, y en las funciones de su ministerio que son catequizar, predicar, confesar, administrar los demás Sacramentos, visitar enfermos, ejercitarse en todas las obras de caridad y misericordia, y finalmente en dirigir las almas al cielo; y por eso se acordará que esta palabra *sacerdos*, según su etimología, tiene muchos significados, pues que significa *sacerdos: sacrum docens*, un hombre que enseña lo santo y sagrado; *sacrum faciens*, un hombre que hace las sagradas funciones de su ministerio; *sacrum dans* un hombre que da ó administra los santos Sacramentos y demás cosas sagradas; *sacer dux*, un general sagrado, que dirige al pueblo en la guerra que siempre ha de sostener contra los enemigos del alma, mundo, demonio y carne ¡Ay del sacerdote que no corresponda al nombre que lleva que se le dirá: *Nomen inane, crimen immane*; llevas un nombre vacío, pues has de entender que has incurrido en un enorme crimen, y las almas que por tu omisión se perderán, tú serás responsable de ellas en el tribunal divino, como dice el mismo Dios por Ezequiel: *Sanguinem ejus de manu tua requiram*. El pecado de omisión es el que hace condenar más sacerdotes: á la manera que el Epulón fué con-

denado por no haber socorrido á Lázaro, así muchos sacerdotes se condenan por no haber socorrido á tantos pobres ignorantes y pecadores con el pan de la instrucción y de los Sacramentos: *Parvuli petierunt panem, et non erat qui frangeret eis*. (Jerem. Thren. cap. IV, v. 4.)

F) *Del espíritu eclesiástico*

Ya os halláis ordenado de presbítero, amadísimo seminarista, y debemos suponer que habéis entrado por la puerta de la vocación: os felicitamos y os damos mil parabienes, mas esto no basta: llamados eran de Dios los hijos de Aarón, y no obstante, por malos fueron castigados y murieron con el incensario en la mano: sacerdotes legítimos eran los hijos de Heli, Ofni y Finees, y fueron tan malos que Dios los nombró hijos de Belial ó del diablo; sacerdote era Judas, llamado por Jesucristo, había conversado y andado con él mucho tiempo, había oído su doctrina, presenciado sus milagros, le había dado facultades de bautizar, predicar y consagrar, lo mismo que á los demás Apóstoles; y sin embargo su fin fué fatalísimo. Todos éstos, no hay duda, fueron sacerdotes, pero no tenían el espíritu verdaderamente sacerdotal; y con esto fácilmente comprenderéis que os queremos advertir, que para ser un verdadero sacerdote de Jesucristo no basta que os halléis ordenado de sacerdote, y que hayáis subido á tan alta dignidad por la escalera de la vocación; es además indispensable que tengáis espíritu eclesiástico, que es el espíritu de Jesucristo, porque el que no tiene el espíritu de Cristo no es de los suyos (1). A fin pues, de que no padezcáis equivocación en cosa de tanta trascendencia, diremos la diversidad que hay de espíritus, cuál es el verdadero espíritu eclesiástico, cómo se obtiene, como se conserva y aumenta, cómo obra, y qué efectos causa.

(1) Si quis autem spiritum Christi non habet, hic non est ejus. (Rom. VIII, 9).

G) *De la diversidad de espíritus*

Ante todo debemos decir qué cosa es espíritu pues que este nombre se instituyó para significar muchas cosas; así es que Dios es llamado espíritu, los Angeles buenos y malos, las almas de los hombres son llamados espíritus, y aun los médicos llaman espíritus vitales á cierta sustancia tenue, sutil, etc. Pero aquí según los maestros ascéticos no entendemos ninguna de estas cosas con el nombre de espíritu, sólo si queremos expresar por la palabra espíritu un impulso, una moción ó inclinación interior de nuestro ánimo hacia alguna cosa que, en orden al entendimiento sea verdadera ó falsa; y en orden á la voluntad, sea buena ó mala. De aquí es que si alguno es fácil en mentir, decimos que tiene el espíritu de la mentira; si se siente interiormente impelido á mortificar su cuerpo, decimos que tiene espíritu de penitencia; si se siente inclinado á dominar á otros, decimos que tiene el espíritu de soberbia; si es movido de cierta voluntad y ganas ó deseos de parecer bien á los ojos de otros, decimos que tiene el espíritu de vanagloria; y así de otras inclinaciones más ó menos pronunciadas, lo que conviene conocer bien á fin de no padecer equivocación, y tener que sufrir la reprehensión que Jesucristo dió á dos de sus discípulos, cuando les dijo *No sabéis de que espíritu estáis animados* (1); y uno de estos dos discípulos salió tan advertido de esta corrección del Señor, que después él lo decía y enseñaba á los demás con estas palabras *No sedis fáciles en dar crédito á cualquier espíritu, sino que primero examinad con diligencia si es de Dios, ó trae el origen de otra cosa que no sea buena* (2).

San Bernardo dice, y prueba con la autoridad de la san-

(1) *Incepavit illos dicens: Nescitis cujus spiritus estis. Filius hominis non venit animas perdere, sed salvare* (Luc. IX, 55, 56).

(2) *Nolite omni spiritui credere, sed probate spiritus si ex Deo sint.* (I Joan. IV, 1).

ta Escritura, que hay seis clases de espíritus, á saber: espíritu divino, angélico, diabólico, carnal, mundano y humano: de los que daremos aquí conocimiento, El *espíritu divino* es una moción interior que siempre nos inclina á lo verdadero y nos aparta de lo falso; nos impele al bien y nos retrae del mal. Esta moción á veces la hace Dios por sí mismo, derramando luz celestial sobre nuestros entendimientos, y tocando nuestros corazones con santos afectos: este espíritu siempre es santo.

Otras veces lo hace por medio de los Angeles, y entonces se llama *espíritu angélico*, porque Dios ha señalado á los Angeles para nuestra guarda, á fin de que ilustren nuestros entendimientos, enciendan en nuestros corazones amor á la virtud, horror á los vicios, reprendan nuestros extravíos, y produzcan en nosotros un espíritu recto.

El *espíritu diabólico* es un impulso ó movimiento interior que siempre nos lleva á lo falso ó á lo malo, y nos aleja del bien y de la verdad; esto lo hace por sí mismo, ó por medio de la carne y del mundo, que son sus alguaciles con él confederados, como dice San Bernardo.

El *espíritu carnal* es una inclinación á los placeres y deleites del sentido, pertenecientes al paladar, al tacto, á la vista, oído y olfato.

El *espíritu mundano* es una propensión interior á la ambición, á los honores, vanagloria, puestos, dignidades, títulos, vestidos lujosos, alhajas, muebles, hacienda y riquezas.

Del espíritu de la carne y del mundo se vale comunmente Satanás, como queda dicho, para provocarnos á la maldad, al pecado y á la perdición; pero muchísimas veces obra en nosotros por sí mismo, y se conoce que es él cuando nos sentimos movidos á ira, á impaciencia, envidia, inquietudes, desconfianza, insubordinación, inobediencia, amargura de ánimo contra los prójimos de quienes nos creemos ofendidos, y nos incita á la venganza. Y lo hace de esta manera: por medio de ciertas conmociones de espíritus, mueve, ya especies de objetos falsos ya ima-

ginaciones de cosas ilícitas; y las combina de tal suerte, que nos representa lo malo con apariencias de un bien, como muy conveniente, útil, deleitable, encubriendo y disfrazando la falsedad y mal, á fin de que se abrace como una cosa que en aquellas circunstancias y momentos no se debe desechar sino admitir (1).

Espíritu humano, finalmente, es una inclinación de la naturaleza humana, corrompida por el pecado original, á aquellas cosas que son conformes al provecho y adelantamiento del cuerpo. Nuestra naturaleza, si es movida de Dios ó de sus Angeles, se inclina al bien; pero si es impelida del demonio ó de sus ministros ó alguaciles, que son, como hemos dicho, la carne y el mundo, entonces propende al mal; y por último, si es dejada á sí misma, se va tras de las cosas agradables al cuerpo vil, que de ordinario no son buenas. Ahora, pues, este incitamento natural que experimentamos en nosotros mismos es el espíritu humano que reina dentro de nosotros; y éste, dice San Bernardo, es el peor espíritu, porque lo tenemos entrañado dentro de nosotros; y con él somos tentados de nosotros mismos; de aquí se conocerá la necesidad que tenemos de la abnegación, y de hacernos violencia, ó si no como el agua nos iremos deslizando y corriendo á la perdición insensiblemente.

(1) Tertuliano y Alberto el Magno, seguidos del común de los teólogos, dicen que tenemos todos un demonio que vela y atiende á nuestra ruina. Así como Dios ha dispuesto que todos tengamos un Angel bueno para que nos guarde y guíe por los caminos de nuestra salvación, así también Satanás, lleno de envidia, manda á sus ángeles malos á fin de que nos tienten; pero no por eso debemos desmayar, sino confiar en las promesas del Señor que nos ha hecho por San Pablo, diciendo: Que fiel es Dios, que no permitirá que seamos tentados sobre las fuerzas, auxilios y gracias que nos dará; y aun hará de modo que salgamos victoriosos del combate: sin embargo, de nuestra parte debemos poner los medios que nos da San Pedro cuando nos dice: *Fratres, sobrii estote, et vigilate, quia adversarius vester diabolus, tanquam leo rugiens, circuit querens quem devoret; cui resistite fortes in fide.* (I Petr. v. 8, 9.)

H) *Del espíritu eclesiástico y su necesidad*

Explicado qué es espíritu en común y cuántas clases hay de espíritus, nos ocuparemos ahora en decir qué es espíritu eclesiástico. Que á la verdad no es otra cosa que una participación del espíritu de Dios, abundante y eminente, que lleva al hombre á hacer de buena gana y con devoción, decoro, modestia y actitud las funciones eclesiásticas. Decimos que es una participación del espíritu de Dios no porque el espíritu de Dios sea divisible, sino porque comunica sus gracias de muchas maneras como porciones de sí mismo, según la diversidad, condición y necesidad de las personas; porque el espíritu divino es como la luz del sol, que siendo en sí una sóla, no obstante se comunica á las criaturas. Como dice San Pablo, nadie puede pronunciar el nombre de Jesús sino en virtud del Espíritu Santo. Muchas son las divisiones de las gracias, pero el Espíritu Santo es uno no más, lo mismo que son muchos los ministerios, pero el Señor es solamente uno; muchas y diversas son las operaciones, pero es único el Dios que obra todas las cosas en todos; pues que á cada uno se le ha dado el manifestar el espíritu que ha recibido para la utilidad de los demás, porque á unos se les ha dado por el espíritu la palabra de la sabiduría ó el don de predicar, á otros el don de enseñar, pero por un mismo espíritu; á aquellos se les ha dado el don de la fe, y á estos el don de curaciones por un mismo espíritu; á unos se les ha concedido la gracia de hacer milagros, á otros el don de profecía, á estos el don de discreción de espíritus, á aquellos el don de lenguas, á aquellos otros el don de interpretar las Escrituras. Todas estas cosas las obra un mismo espíritu, dividiendo ó distribuyendo á cada uno como le place (1).

Esta participación del espíritu se dice que en un sacer-

(1) I Cor. XII.

dote debe ser eminente y abundante, porque el estado sacerdotal es más sublime que todos los demás. Cuando el sacerdote, pues, está animado de este espíritu, hace con gusto, aptitud y decoro las funciones eclesiásticas, porque le da genio, inclinación, facilidad, habilidad, gusto y alegría en hacer todas las cosas de su ministerio: aun las más pequeñas hace con decoro, modestia y devoción.

El espíritu es el que enaltece el barro y le hace un verdadero ministro del Señor. A fin de que se vea más clara esa verdad, traeremos á la memoria lo que nos refiere la sagrada Escritura en la creación de Adán. Dios formó un cuerpo del lodo de la tierra, le inspiró el espíritu ó aliento de vida, y así lo que antes era barro pasó á ser hombre viviente, con alma viviente, imagen y semejanza de la santísima Trinidad, por el alma y por la gracia, que son dos cosas enteramente distintas, pues que el alma es inmortal é indestructible, pero la gracia se puede perder, como en efecto se pierde por el pecado, y la perdió Adán cuando pecó. Así como el hombre en gracia es imagen y semejanza de Dios, así también diremos que un sacerdote es una imagen y semejanza de Jesucristo y un verdadero ministro del Señor, si tiene este sacerdote no sólo la ordenación de Jesucristo; sino también el espíritu de Jesucristo, pues que no basta que esté ordenado, es indispensable además que tenga el espíritu de Jesucristo; de otra manera sería como la estatua de Adán sin estar animada, sería como un ídolo, según la expresión de un Profeta, que á un sacerdote sin espíritu le llama *pastor, ídolo*, (1). Así como el ídolo tiene ojos y no ve, oídos y no oye, tiene lengua y no habla, manos y no trabaja, pies y no anda, así es un sacerdote sin espíritu en las cosas de su ministerio.

El mismo Jesucristo recibió el Espíritu Santo (2), el espíritu sacerdotal, de que ha de vivir y obrar todo sacerdote. He aquí las palabras de las santas Escrituras: *Spiritus*

(1) Zachar. XI, 17.—(2) Isai. LXI, 1; Luc. IV, 18.

Domini super me. El espíritu del Señor está sobre mí (invisiblemente desde la unión hipóstica, y visiblemente desde el bautismo en el Jordán): *propter quod unxit me*, por lo que me ha ungido como doctor, profeta, salvador y legislador. Los demás Santos son ungidos por la gracia y dones del Espíritu Santo, pero Jesucristo fué ungido por el mismo Espíritu Santo, como fuente y plenitud de todas las gracias, á fin de que de su plenitud todos recibiésemos á manera de fuente abundantísima, derramándose sobre los Apóstoles, Mártires, Confesores y Vírgenes. *Evangelizare pauperibus misit me*: he sido enviado á evangelizar á los pobrecitos, como lo son los pecadores, pobres sin gracia, sin merecimientos, sin derecho á la gloria; á los pobres de bienes de fortuna, porque son más humildes que los ricos. *Sanare contritos corde*, á los contritos de corazón, á aquellos que por sus pecados y por la ignorancia de las cosas divinas se hallan con ánimo afligido y corazón compungido, deseando el perdón de sus pecados, el conocimiento de Dios, la gracia y la salvación. *Praedicare captivis redemptionem*: á predicar la redención para los cautivos, á aquellos que se hallan cautivos por sus pecados de Satanás; yo les predicaré y les daré la libertad por la gracia que les proporcionaré, y ellos se dispondrán por la penitencia, *Et coecis visum*, y á los ciegos les daré vista, no sólo corporal, sino también espiritual, porque enseñaré é iluminaré á los que no conocen á Dios ni el camino de la salud.

Ya veis, pues, amadísimo seminarista, como Jesucristo recibió el espíritu, y en qué consiste este espíritu, y para qué se da este espíritu; mirad que no basta, como hemos dicho, el que seáis ordenado de sacerdote; esto os lo da á entender lo que Dios quiso hacer con Jesucristo, que no obstante que en el momento de su encarnación ya estaba lleno de todas las gracias y dones del Espíritu Santo, antes de salir á la vida pública quiso recibir el Espíritu Santo en el Jordán. Vemos también manifestada esta verdad en el Antiguo y Nuevo Testamento. Cuando quiso

Dios que se fabricase el arca, llamó por su nombre á Bezeleel y le llenó de su espíritu, y así dijo á Moisés: *Vocavi ex nomine Bezeleel, implevi eum Spiritu meo.* Aquí veis vocación y recepción de espíritu. Y cuando el mismo Moisés, por disposición divina, eligió á aquellos setenta ancianos (figura de los sacerdotes de la ley de gracia) para que le ayudasen en el gobierno de su pueblo, además de la elección vemos como los llena de su espíritu, y así le dice: *Auferam de spiritu tuo tradamque eis, ut sustentent tecum onus populi.* Y en la ley de gracia vemos que los Apóstoles en la noche de la cena todos habían sido ordenados de sacerdotes, pero hasta que recibieron el Espíritu Santo bien poco hacían; ¡qué fragilidad! ¡qué poca fe! Pero después de recibido este divino Espíritu son valientes, elocuentes, poderosos en palabras y en obras hacen maravillas y convierten al mundo.

No me detendré en referir uno por uno los prodigios que obraron los Apóstoles, que tan pronto como quedaron llenos del espíritu del Señor empezaron á hablar. Sólo diré alguna cosa del apóstol san Pablo, lleno del espíritu eclesiástico. Tan pronto como fué llamado de Jesucristo en el camino, y después animado del espíritu que recibió en Damasco, ya no se para en carne y sangre, sino lleno del fuego de la caridad corre por todas partes como vaso de elección, llevando el nombre de Jesús, no buscando más que la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas: no teme las cárceles ni las cadenas; no le arredran los azotes, ni las amenazas de muerte le detienen; no hay más que leer el libro de los Hechos apostólicos y las cartas que nos dejó escritas, para ver lo que hace un sacerdote lleno del espíritu eclesiástico. Este mismo espíritu es el que animaba á los Domingos de Guzmán, á los Vicentes, á los Javieres y á tantos otros sacerdotes.

I) *De los medios para obtener el espíritu eclesiástico*

Con lo que hemos dicho hasta aquí fácilmente conoceréis si tenéis ó no el espíritu eclesiástico; no hay cosa que se conozca más fácil y evidentemente, pues que, como hemos dicho, es el espíritu eclesiástico en un sacerdote como el alma en un cuerpo: un cuerpo con alma es un cuerpo vivo, que tiene potencias y sentidos, y por lo tanto discurre, recuerda, ama, ve, oye, habla, anda... pero si no tiene alma es un cuerpo muerto, es un cuerpo pestífero, nocivo, que si no se entierra pronto ese muerto quita la vida á los vivos con su pestilencial olor. Lo propio sucede en un sacerdote; si vive del espíritu eclesiástico, discurre, recuerda, ama; en la meditación recuerda las divinas promesas y amenazas, y la caridad ó amor de Dios y del prójimo le empujan y le obligan á predicar y enseñar; tiene lengua y habla, oído y oye las confesiones, tiene pies y corre en busca de las ovejas perdidas, tiene manos y trabaja para la salvación de las almas, para el ornato de la Iglesia de Dios y todo lo que conoce ser de su mayor honor y gloria; pero si no tiene espíritu eclesiástico es un sacerdote muerto: aunque tenga nombre que vive, muerto está, y como muerto apesta, si Dios no lo manda sepultar en el infierno como Epulon, que *sepultus est in inferno*, como dice san Lucas, con la fetidez de sus escándalos, con la corrupción de sus costumbres: por manera que un sacerdote sin espíritu eclesiástico es peor que un ídolo; porque el ídolo es una cosa inútil, pero un sacerdote sin espíritu es cosa pestífera y perjudicial. Por lo que, amadísimo seminarista, por los frutos se conoce el árbol, por los efectos la causa; y así fácilmente conoceréis qué espíritu os anima, si es espíritu de mundo, de carne, diabólico, ó espíritu eclesiástico. Si veis que no tenéis tan precioso y necesario espíritu, lo podéis adquirir por los medios siguientes:

El primer medio es que os habéis de desprender, desnu-

dar ó vaciar enteramente del espíritu del mundo y de la carne; es indispensable renunciar los apetitos sensuales. A los hebreos en el desierto Dios no les dió el maná hasta que ya no tenían ni harina ni carne de Egipto; así tampoco da Dios el espíritu eclesiástico á los que tienen los corazones cargados de las cosas del Egipto de este mundo: el que va á la fuente con el cántaro lleno de tierra no puede echar el agua en él, si no le vacía primero; así el sacerdote que se acerca á esta abundantísima fuente de gracias, si su corazón no está vacío de la tierra del mundo, no puede entrar el espíritu eclesiástico. Y así sea el primer medio renunciar todos las cosas que poseéis, si queréis ser discípulos de Jesucristo y llenaros del espíritu del Señor.

El segundo medio es desearlo, y desearlo de veras, por manera que podáis decir con verdad: Optavi, et datus est mihi sensus; et invocavi, et venit in me spiritus sapientiae. He deseado y se me ha dado inteligencia; he llamado, y ha venido á mí el espíritu de sabiduría, que he apreciado más que los reinos y los tronos, y todas las riquezas del mundo he reputado por nada en su comparación (1).

El tercer medio es la oración. Dice Jesucristo que le pidamos á su Padre, y que él sin duda nos dará este espíritu si de veras se lo pedimos. Y vemos que los Apóstoles en el cenáculo lo pidieron y lo alcanzaron. Pero ¡con qué humildad pedían! ¡Se ponían hasta de frente en el suelo! ¡Con qué fervor! A veces oraban con los brazos levantados, y además ayunaban y se mortificaban.

El cuarto medio es la devoción á María santísima y su poderosa mediación. Los Apóstoles, además de su oración humilde, fervorosa, constante y perseverante, se valieron de la mediación de María santísima, y así alcanzaron no sólo el espíritu eclesiástico, sino también las primicias del espíritu, como dice el Apóstol.

El quinto medio es la mortificación corporal. Hay un

(1) Sap. VII, 7. 8.

principio que dice: *Da mihi carnem, et dabo tibi spiritum.* Los Apóstoles para recibir el espíritu se preparaban con la oración y ayuno; para ordenar á alguno hacían oración y ayunaban antes; y en las Témporas para órdenes se manda ayunar.

El sexto medio es la lectura de las santas Escrituras y libros de piedad, la meditación, la observancia de la santa ley de Dios y mandamientos de la Iglesia, el cumplimiento exacto de las obligaciones, la fidelidad á las inspiraciones con que el Señor habla al corazón.

Si sois fiel en guardar estos documentos y poner en práctica estos medios, os sucederá lo que pasa al amanecer el día, que la luz va creciendo hasta que sale el sol, que no solo ilumina, sino que también calienta: así os sucederá; irá creciendo la luz y gracia del Espíritu Santo hasta que lleguéis á la robustez de varón perfecto; y así conviene ser fiel á la gracia, y ejercitaros en obras de caridad y celo: dicho está que el que es fiel en cosas pequeñas es constituído dueño de cosas grandes, y entra en la alegría y goce del Señor.

OBLIGACIONES DEL ESTADO ECLESIASTICO

- (1) *Omnes Clericorum obligationes quatuor monitis inclusae ut uno sub intuitu omnes conspiciantur*

MONITUM PRIMUM

Vocationem, habitus gravitatem, obedientiae praestantiam et periculorum fugam notat et commendat (2).

Habitus sus-	Non ex	{ Levitate Avaritia sed Ambitione	{ Vocante Deo. Zelo tuae proximique sa- lutis.
cipe			

(1) Vide Scavini, t. 4.º et Bol. Eccles. ann. 1879, pag. 109.

(2) «Sancti erunt Deo suo et non polluent nomén ejus: incensum enim Domini, et panes Dei sui offerunt, et ideo sancti erunt» (Levit. 21, v. 6).

Incede in habitu	{ Gravi. Modesto. Mundo. Canonico.	} Induens sanctis vestibus. <i>Exod. XL. v. 18.</i>
Esto Episcopo	{ Obediens in	{ Fraeceptis. Decretis. Obsequens Monitis. } Corde. Verbo. Opere.
Fuge	{ Domus suspectas — Consortium mulierum. — Ludos. — Choreas. — Theatra. — Venationes perstreptentes. Contemptus } in { Episcopum. Susurrations } Superiorem. Tumultus } Quemcumque. Viles famulatus. — Turpem avaritiam. — Saecularia officia.	
	Ab omni specie mali abstinete vos. — <i>I. ad Thes. v.</i>	

MONITUM SECUNDUM

Exteriorem sese gerendi rationem exhibet.

«Perfectus eris et absque macula.» (Deut. 18, v. 13).

Scientia	{ Divina. Ecclesiastica. Civili.	} «Quia tu scientiam repulisti repellam te, ne sacerdotio fungaris mihi.» <i>Os. IV. v. 6.</i>
	{ Consiliis. Judiciis. Imperiis.	} Dux indigens prudentia multos opprimet. <i>Prov. XXVIII, v. 16</i>
Modestia et Gravitate in	{ Indumentis. Sermonibus. Moribus.	} Amictus corporis, et risu dentium, et ingressus ho- minis enuntiant de illo. <i>Eccl. XIX., v. 27.</i>
Exemplum esto Fidelium, 1 ad Tim. IV, in	{ Liberalitate erga Peregrinos. Pauperes. Templa.	} Quomodo potueris esto mi- sericors. <i>Tob. IV. v. 8.</i>
	{ Temperantia in Divitiis. Conviviis. Solatiis.	} Attendite ne graventur cor- da vestra in crapula et ebrietate, et curis hujus vitae. <i>Luc. XXI., v. 34.</i>
Integritate coram	{ Deo. Hominibus. Te ipso.	} Custodi temetipsum et animam tuam solli- cite. <i>Deut. IV. v. 9.</i>
Obedia Obsequio Amore	{ erga Sanctam Ecclesiam. Summum Pontificem. Ejusque Decreta.	} Qui vos audit, me audit, qui vos sper- nit, me spernit. <i>Luc. X, 16.</i>
In omnibus te ipsum praebe exemplum bonorum ope- rum... ut is qui ex adverso est vereatur nihil habens malum dicere de nobis.		

MONITUM TERTIUM

Dignitatem Ecclesiasticorum attollit.

«Mundamini, qui fertis vasa sacra Domini.» (Isaiae, 52,
11). «Sacerdotes tui induantur justitiam.» (Ps. 131, v. 9.)

Perpende Muneris tui	{ Dignitatem.	{ Angelicis humeris formidandam. Regia celsitudine excelsiorem. Omnibus venerabilem.
	{ Potestatem admi- randam	{ In Corpus et Sanguinem Filii Dei. In remissionem peccatorum. In aereos et tartareos spiritus.
Per quod factus est	{ Strictam obligationem studendi	{ Angelicae puritati. Seraphico fervori. Incessanti progressui in virtutibus.
		{ Interpres et legatus Dei. Sacerdos offerens et immolans Filium Aeterni Patris. Mediator inter Deum et homines. Dispensator Mysteriorum Dei.
Cave itaque ne sis		{ Sacrorum contemptor. Summi Pontificis auctoritati parum obsequens. Periculosae ac dubiae doctrinae sectator. Rigidus et asper aut remissus in Paenitentes. Avarus, immundus, impudicus, vinolentus, turpis. Lucri cupidus <i>I. ad Tim. III.</i>
Sed esto		{ Sobrius, sanctus, innocens, impollutus, segregatus a peccatoribus. <i>Hebr. VII, v. 26.</i>

Eritis mihi sancti, quia sanctus sum ego Dominus; et se-
paravi vos a ceteris populis, ut essetis mei. *Lev. XX. v. 26.*

MONITUM QUARTUM

Media tutissima sese gerendi suggerit.

	Timor	} Dei.
	Amor	
	Custodia	} Cordis. Sensuum.
	Sancta occupatio	} Memoriae Intellectus Voluntatis
Ut digne ambuletis vocatione qua vocati estis sint in vobis	Asidua frequentia	} Collationis cum confesario. Lectionis spiritualis. Orationis vocalis, mentalis, jaculatoriae, examinis conscientiae, Sacramentorum.
Eph. IV.	Devotio erga	} Deum et Jesum Christum. B. Virginem Mariam. Sanctos.
	Fidelitas in	} Servanda temporis aeconomia. Sanctificandis Festis. Obeundis quotidianis pietatis officiis.
	Electio et	} in Conversationibus
	Moderatio	

Haec meditare, in his esto, ut profectus tuus manifestus sit omnibus. Attende tibi et doctrinae, insta in illis. Hoc enim faciens, et teipsum salvum facies et eos qui te audiunt. I. *ad Tim. IV.* «Hoc fac, et vives» (Luc. 10, v. 28.)

N. b. Sobre *los deberes del Sacerdote*, consúltese á los teólogos, moralistas, canonistas y al P. Monsabré, Ord. Praed., en su Conferencia 81, «Exposición del Dogma Católico», IV, orden, cuaresma de 1886.

SEGUNDA PARTE

VIRTUD